

RAMÓN DE LA FUENTE: VALOR INDISCUTIBLE DE LA INTELLECTUALIDAD MEXICANA*

Guillermo Soberón**

*Una gran obra es
el producto de
una gran pasión
al servicio de una
gran idea*

Goethe

El número 92 de la revista *Letras Libres*, correspondiente a agosto de 2006, publica un ensayo póstumo de Ramón de la Fuente Muñiz titulado *Memorias de un Psiquiatra: de la Castañeda al Instituto Nacional de Psiquiatría*. En la presentación el editor alude al autor como “reconocido nacional e internacionalmente como el creador de la escuela mexicana de psiquiatría”. El tiempo ha sancionado la connotación de escuela, en el sentido en que se expresa como la caracterización de los elementos de un área del conocimiento, su difusión vigorosa, la creación de instrumentos para su mejor desarrollo y sustentabilidad, el proselitismo de aquellos que se muestran adeptos muchas veces a su aplicación en beneficio de la humanidad y, en fin, marcar las rutas más convenientes para alcanzar metas propuestas. Todo lo anterior precisa de un liderazgo ganado a pulso que, al ser ejercido, resulta natural y, por ello, no es controvertido. Así, para ilustrar el punto, entendemos y aceptamos, entre otras, la escuela cardiológica de Ignacio Chávez, al escuela fisiológica de Arturo Rosenblueth, la escuela de patología de Ruy Pérez Tamayo, personajes que, al igual que Ramón de la Fuente, han sido ilustres miembros de El Colegio Nacional.

Hay plena justificación de que Ramón sea reconocido en tal capacidad pues, sin pretenderlo, desde muy temprano en su existencia, cuando todavía era estudiante de medicina, empezó a incubar una inconformidad que pronto llegó a franca rebeldía, ante el hecho de que la medicina que se enseñaba entonces, primor-

dialmente incluía aspectos técnico/biológicos y relegaba lo concerniente a lo social de la profesión médica y al humanismo médico. Clamaba, con vehemencia, que estas facetas no sólo debían recogerse sino investigarse para conceptualizarse.

Prudente y comedido, hubo de esperar a obtener una formación psiquiátrica suficiente, dentro de las limitaciones que imponían las circunstancias de aquel tiempo, para empezar a librar incesantes batallas que le llevarían, más tarde, a ganar su guerra. No escatima agradecimiento y crédito por la labor positiva que ya desplegaban los maestros de psiquiatría que en ese tiempo destacaban: Samuel Ramírez Moreno, Leopoldo Salazar Viniegra, Guillermo Dávila, Alfonso Millán y Mario Fuentes. Particular impresión negativa le causó su primera visita al viejo manicomio de La Castañeda, llevado de la mano por Agustín Caso. Ahí hubo de enfrentarse a la miseria en que se encontraban inmersos los enfermos reclusos, lo que le pareció inaceptable, según deja testimonio escrito.

Hay que destacar, por la importancia que tuvo en su formación, los cinco años que pasó al lado de Erich Fromm, tiempo en el que se realizó su propio psicoanálisis.

Hubo dos obras que pesaron fuertemente en su búsqueda del camino a seguir para hacerse de la mejor educación psiquiátrica entonces disponible: a) en su juventud, probablemente en sus años de bachiller, leyó uno de esos libros perdurables, la “Psicología” de

* Texto leído en el Homenaje que El Colegio Nacional rindió al doctor Ramón de la Fuente Muñiz, el jueves 15 de marzo de 2007. Aula Magna de El Colegio Nacional.

** Presidente del Consejo de la Comisión Nacional de Bioética, Presidente Emérito de la Fundación Mexicana para la Salud, Miembro de El Colegio Nacional.

William James, ya entonces considerado viejo pues fue publicado en 1890. Una reimpresión se hizo al cierre del siglo XX bajo los auspicios del American Council of Learned Societies y se tradujo al español en 1989 por la insistencia del propio Ramón de la Fuente cuando dirigía la Biblioteca de Psicología, Psiquiatría y Psicoanálisis del Fondo de Cultura Económica. De ella extrajo la noción de que las cuestiones subjetivas, si bien no son medibles, son entes reales y sujetas a su interiorización para avanzar en su conocimiento. B) Años más tarde, ya en plena etapa de formación clínica, tuvo una gran influencia en su forma de pensar la lectura de la “Psicopatología Clínica” de Karl Jaspers pues se propuso seguir su método llamado de “la reducción fenomenológica”.

Al terminar su carrera de médico cirujano aprovechó la circunstancia de que su maestro Ramírez Moreno, de su propio pecunio, proporcionaba dos becas para ser asignadas, por concurso, entre sus alumnos; la beca así ganada por Ramón le sirvió para incorporarse como residente en el servicio del profesor A. E. Bennett, del Clarkson Memorial Hospital en Omaha, Nebraska. Bennett era reconocido por su enfoque de sustraer los enfermos mentales del aislacionismo y promover su cura en servicios psiquiátricos enclavados en hospitales generales. Su educación de posgrado se completó mediante sendas estancias en las Universidades de Columbia y de Nueva York y en visitas que realizó en instituciones psiquiátricas europeas.

Una vez de regreso a México, con una recia formación a cuestas, se aprestó a emprender su cruzada por la salud mental de los mexicanos. Fue invitado por su maestro Samuel Ramírez Moreno, como su auxiliar, tanto en las tareas clínicas, públicas y privadas, como en la cátedra, circunstancia que no fue fortuita pues propició su matrimonio con Beatriz, hija del maestro, dilecta y admirada amiga quien fue la primer mujer miembro de El Colegio Nacional, desde mayo de 1985 hasta su fallecimiento en junio del 2005 y quien es continuamente recordada con admiración y cariño.

Al tiempo que Ramón avanzaba en lo conceptual de las faenas psiquiátricas, planificaba y urdía instrumentos para su difusión e implantación. Siguió una ruta que incluía paralelamente la docencia y la atención psiquiátrica así como los primeros escarceos de su incurción en la investigación científica. Era mucho el terreno por abarcar pero grande también era el entusiasmo por contar con un armamentario eficiente y con estrategias adecuadas para mejor tratar y prevenir los trastornos mentales ya que, en aquella época, los enfermos lucían dramáticamente indefensos.

En el Hospital Español de México estableció un servicio psiquiátrico, aplicando el modelo Bennett de Omaha, que fue desarrollado con singular éxito. En la

Facultad de Medicina, de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM) organizó cursos para formar enfermeras psiquiátricas, psicólogos encaminados al trabajo institucional, todos necesarios para el desarrollo que vendría más tarde. El fallecimiento del doctor Alfonso Millán lo llevó a asumir la jefatura del Departamento de Psiquiatría donde desde entonces inició un servicio de salud mental para los estudiantes que ha tenido como área importante el combate a las adicciones. En la Secretaría de Salud (SSA) ocupó la Dirección de Salud Mental donde desarrolló un enfoque de salud poblacional que ha venido bien para los propósitos del Sistema Nacional de Salud. En 1950 se estableció la residencia en psiquiatría, en 1991 la maestría y en 1997 el doctorado en psiquiatría, todos con reconocimiento de la UNAM, donde se ha formado el mayor número de recursos humanos que labora en instituciones psiquiátricas de México, tanto públicas como privadas.

En 1966 fue fundador y primer presidente de la Asociación Psiquiátrica Mexicana. Cuando se había caminado suficiente trecho pues se había logrado un masa crítica de recursos humanos a través de sólidos programas de formación, se habían sembrado principios y políticas para el desarrollo de la psiquiatría y mecanismos de divulgación y de proselitismo, creó en 1979 el Instituto Mexicano de Psiquiatría, uno de los Institutos Nacionales de Salud que en mayo de 2000, siendo Secretario de Salud el licenciado José Antonio González Fernández, cambió su nombre a Instituto Nacional de Psiquiatría Ramón de la Fuente, para perpetuar la figura de su ilustre fundador.

En 1979 el Instituto no había alcanzado, de ninguna forma, el desarrollo físico y funcional que le era previsto. Ramón había logrado reunir una cantidad considerable de dinero a través de donativos y trabajos realizados y estaba dispuesto a invertir en la construcción de las facilidades requeridas para impulsar la investigación científica que él consideraba la parte esencial para el desarrollo institucional.

Cuando en 1982 yo asumí la titularidad de la Secretaría de Salud había propuesto un arreglo sectorial en el que se contemplaba la creación del Subsector de los Institutos Nacionales de Salud. Una Coordinación de estos institutos, dentro de la estructura de la SSA, habría de ocuparse de preservarlos y desarrollarlos puesto que sus posibilidades eran diferentes y tendrían la encomienda de consolidar la atención médica especializada de tercer nivel, los programas de formación de recursos humanos especializados y la investigación científica necesaria (clínica, biomédica y sociomédica) a fin de asegurar una capacidad de respuesta para enfrentar problemas de salud que nos aquejaban. En mayor o menor medida los institutos requerían ser fortalecidos

en la parte de investigación para alcanzar el perfil necesario. Esto justificó que le pudiéramos allegar recursos extraordinarios al de Psiquiatría. Ramón siempre estuvo convencido de que la investigación científica era el elemento primordial para el desarrollo institucional y temía que enfrascarse en la construcción y desarrollo de un hospital psiquiátrico derivaría recursos que sería mejor invertir en investigación. Por eso, cuando nos propusimos revisar los ordenamientos correspondientes a la creación de las instituciones antes mencionadas, decretos presidenciales o leyes particulares, a fin de acotar el lapso de gestión de sus directores a un periodo de cinco años, con sólo la posibilidad de una reelección, dejamos para el final al Instituto de Psiquiatría argumentando que la cuenta debiera iniciarse a partir de la integración completa de la institución. Ello explica que Ramón haya sido director por más de dos décadas. El Instituto lo necesitaba y además él lo merecía.

Postergar las facilidades clínicas no le tuvo inmovilizado pues estableció alianzas con otros institutos para utilizar sus recursos clínicos con la participación de psiquiatras del Instituto, en una red de “psiquiatría de enlace” que fue mutuamente beneficiosa pues no es política del Instituto la atención psiquiátrica de grandes números sino reservar una buena parte de su capacidad de respuesta en el área clínica precisamente para la investigación clínica.

Así pues, una excelente formación, un bagaje conceptual que indicaba el rumbo que la psiquiatría reclamaba una plataforma de enseñanza que formó miles de especialistas, maestros y doctores; un surtidor de políticas públicas de salud mental y un foro permanente de discusión a nivel profesional de la teoría y la práctica psiquiátrica, todo conducente a la creación de un instituto que avanza a la conquista de nuevas fronteras impulsado por la investigación científica, son los elementos en que se ha cimentado la escuela psiquiátrica de Ramón de la Fuente. Prácticamente todos concebidos y forjados por el propio Ramón.

He mencionado antes que Ramón también se distinguió como un excelente universitario. Aquí es donde nuestras vidas profesionales convergieron más estrechamente. Fue, la nuestra, una relación institucional y afectiva, que nos ligó por muchos años. Le conocí en persona en abril de 1959 pues ingresamos el mismo día a la Academia Nacional de Medicina; aun cuando sabía de él no se había dado la oportunidad de encontrarnos. En los años que siguieron nuestros contactos se fueron haciendo más frecuentes, principalmente en el orden social, muchas veces por la ingerencia de amigos comunes. La amistad que se dio, paralelamente, entre Beatriz y Socorro, mi finada esposa, fue factor adicional en el vínculo que establecimos durante casi cinco décadas.

En el año de 1972 Ramón asumió la Presidencia de la Academia Nacional de Medicina y yo fui electo vicepresidente, lo que determinaba que durante ese año nos reuniríamos cada miércoles durante cuatro horas justo antes del inicio de la sesión académica semanal. Esa circunstancia dio pauta para que nuestra conversación derivara hacia tópicos de interés común más allá de las preocupaciones inherentes a la problemática de la Academia.

En junio de 1972 se inició un conflicto en la UNAM, con mayor precisión vale decir una serie de conflictos que mantuvieron en jaque a la institución por el resto del año. Todo se inició por la pretensión de un grupo de estudiantes normalistas que exigían ser admitidos en la institución sin cumplir con los requerimientos establecidos en sus reglamentos. La Rectoría fue tomada por los insurrectos y el Rector se vio obligado a laborar en San Ildefonso, entonces sede de la Preparatoria 1. Algunas semanas después hicieron su aparición dos sujetos de infausta memoria: Mario Falcón y Miguel Castro Bustos, quienes rodeados de un grupo de facinerosos suspendieron las actividades docentes, no así las de investigación, en toda la Ciudad Universitaria. Esas personas armadas con metralletas, campeaban por sus respetos en el campo universitario. Un malhadado malentendido de la autonomía universitaria que era confundida con extraterritorialidad, complicaba la situación y el jaque no era sólo para la UNAM sino para el Gobierno de México. Una vez que los agresores de la institución se retiraron, persuadidos o conminados por sus velados cómplices o protectores bajo circunstancias nunca aclaradas, el 25 de octubre irrumpió, en forma ilegal, el sindicalismo universitario que, ahora sí, suspendió las actividades en forma completa en toda la CU, es decir se impidió en forma absoluta la investigación científica lo cual sólo había acontecido durante la entrada del ejército en Ciudad Universitaria en septiembre de 1968.

Desde febrero de 1971 yo era Coordinador de la Investigación Científica de la UNAM. En agosto de 1972 el maestro Zubirán, entonces director del Instituto Nacional de la Nutrición, me había invitado a que me incorporara al Instituto como subdirector con la idea de que, en un año, pasaría a ser director. Agradecí al maestro su propuesta y le dije que aceptaba pero que no me podría separar de la UNAM en medio de un conflicto, pues no me parecía adecuado, pero si, como parecía certero, el rector renunciaba, yo, de inmediato, me iría para Nutrición. El me dijo que entendía y que me esperaba.

Cuando en octubre aparece el sindicalismo universitario la situación adoptó caracteres de mayor gravedad y yo estaba más desesperado por mi inmovilidad; decidí explorar la opinión de mi amigo Ramón respecto de

la posibilidad de moverme a Nutrición. No contestó mi pregunta sino que me interrogó, a su vez, en forma por demás directa:

- ¿No se te ha ocurrido que tú pudieras ser el próximo Rector?

- Bueno, contesté, se que mi nombre ha sido mencionado pero eso no me dice nada sobre mis posibilidades reales.

- Eso lo sabremos en su momento. Lo que sí puedo decirte es que ahora no puedes moverte pues la Universidad atraviesa por un trance sumamente grave; es necesario mantenernos alertas y unidos, particularmente quienes podrían jugar un papel crucial en estos aciagos momentos.

Y no dijo más. Entendí que su posición como miembro de la Junta de Gobierno, que lo era desde 1970, le hacía imposible elaborar más en ese tema pues había un Rector en funciones aun cuando su presencia era tambaleante. El proceso siguió su curso, el Rector renunció el 17 de noviembre y al no aceptar la Junta de Gobierno, lo hizo en forma irrevocable el 5 de diciembre. La auscultación realizada por la Junta produjo diez nombres entre los cuales se encontraba el mío. Tres de las diez personas mencionadas declinaron ser consideradas.

La Junta de Gobierno me entrevistó el 22 de diciembre. Me expresé con gran vehemencia sobre los problemas que aquejaban a la Universidad y alcancé a ver que Ramón asentía discretamente ante mi disertación lo cual mucho me estimulaba. No obstante, también me percaté de cruces de miradas entre personas que, dadas las circunstancias, seguramente no me favorecían. Así, al retornar a mi casa expliqué a mi esposa: “Me parece que no les gustó, por lo menos a algunos, lo que pienso sobre el problema universitario. Si acaso, quedamos tablas. Creo que podemos salir de vacaciones con absoluta tranquilidad”.

Y así partimos, con nuestros seis hijos, a un periplo reconfortante que cubrió Morelia, Pátzcuaro y Querétaro. Durante el viaje recibía llamadas telefónicas cotidianas que me explicaban que a medida que se entrevistaba a los candidatos y, sobre todo, una vez que se había iniciado el debate, mis posibilidades crecían. Buenos deseos de mis amigos, pensaba yo. A mi regreso a la ciudad de México el 31 de diciembre, mi esposa y yo pasamos a saludar a Pablo y Natasha González Casanova en su casa; ahí se encontraban varios universitarios. En un aparte, Pablo comentó: “Creo que pronto tendremos nuevo Rector, he sabido que sólo quedan dos personas y están presentes aquí”. No era mucho decir pues prácticamente todas las personas entrevistadas por la Junta nos encontrábamos ahí. Alguien me comentó de pasada: “Se dice que tú eres uno de ellos”. Retornamos a casa a recibir el nuevo año en familia y

al día siguiente recibo un telefonema de Emilio Rosenblueth, también miembro de la Junta de Gobierno, quien me dice: “Me urge hablar contigo mañana pues por teléfono no podemos hacerlo”.

Temprano, el día 2 de enero, llegué a su oficina y, sin más me advierte: “Te llamé para decirte que prepares tu discurso ya pues la decisión no puede tardar y cuando eso suceda te va a ser difícil hacerlo. Te sugiero que seas conciso y al grano. Dadas las circunstancias por las que atraviesa la UNAM, seguramente habrá un gran interés por lo que tengas que decir”. Alcancé a balbucear: “¿No te parece apresurado? ¿Será posible hablar otra vez con la Junta?” Tajante, me atajó severo: “Ya tuviste tu oportunidad. No hay nada por aclarar, sólo llegar a una decisión. Mira, somos ocho los que te apoyamos, tres todavía están por otra persona y dos se han movido de estar opuestas a indecisos. Nosotros no vamos a cambiar, necesitamos dos votos, así que nos tendrán que llegar. Ve a ocuparte de tu discurso”. Así lo hice.

El día 3 de enero a las 16 horas recibí la llamada telefónica de Paco López Cámara quien era el Presidente en turno de la Junta de Gobierno para hacerme saber que había sido designado Rector de la UNAM y que a las 18 horas los integrantes a la Junta estarían en mi domicilio para entregarme, personalmente, la notificación oficial.

De inmediato llamé a Ramón para discutir algunos pormenores en que necesitaba su orientación. “No podía llamarte antes que lo hiciera el Presidente de la Junta -me dijo- terminé de comer y llego a tu casa antes de que lo haga la Junta para despejar nuestros pendientes, de otra forma hay riesgo de que se me haga tarde”.

Si bien he sido prolijo en este relato, me ha parecido importante que se entienda que, a pesar de nuestra muy buena amistad y cercanía y de la tensión que se respiraba por quienes estábamos involucrados, siempre fuimos muy respetuosos de la posición que cada quien teníamos: por un lado, un miembro de la Junta de Gobierno, por el otro un candidato en el trance de ser designado Rector. Ese episodio claramente marcó una nueva dimensión en el cauce de nuestra amistad. La relación se hizo más estrecha y frecuente y nuestra máxima casa de estudios era el permanente tema de nuestras discusiones. Pronto me percaté de su acendrado amor por nuestra *Alma Mater* y de su profundo conocimiento de la institución. Su presencia, siempre a mi alcance, fue muy apreciada por mí tanto por su sabiduría como por su carácter de universitario cabal que miraba siempre por el beneficio de la Universidad.

Ya en mi casa, de prisa conversamos sobre lo más urgente, pues me interesaba su opinión sobre mi discurso que pudo leer en un rincón aislado. Tomé nota

de sus sugerencias a fin de incorporarlas cuando fuera posible. La Junta de Gobierno llegó a la hora convenida y con gran honor y devoción recibí la notificación que se me hacía. Convínimos en que la protesta sería el 8 de enero en el auditorio de la Facultad de Medicina. La gente que ya se venía enterando llegaba a mi domicilio en gran número. Apenas pude hacerlo, recordé a Ramón: “para esta noche tenía convocados a los ex presidentes de la Academia Nacional de Medicina en el restaurante San Angel Inn, a fin de presentarles mi propuesta para el programa académico del año pues se anticipaba que asumiera la presidencia el primer miércoles de febrero. Dadas las circunstancias no podré cumplir con ese propósito por lo que te ruego te adelantes a eso de las 9 de la noche y empiecen a discutir cómo piensan que podría elegirse mi relevo. Yo te alcanzo en cuanto pueda”. Apenas llegué, antes de acceder al salón, me previno Ramón: “No aceptan que se busque un relevo; no les pude persuadir, es más, después de escucharlos, estoy de acuerdo con ellos”. A nombre del grupo de expresidentes, el maestro Alfonso Alvarez Bravo me puso al tanto de su deliberación: “No es incompatible ser Rector y Presidente de la Academia, incluso lo consideramos conveniente. Todos te vamos a ayudar con la tarea.” Les repuse: “Si el presidente que sale (Ramón de la Fuente) me echa una mano y se designa un vicepresidente que se mantenga más activo (en su momento se eligió a Fernando Ortiz Monasterio) podremos salir adelante pues algunas tareas concretas las podremos resolver con encomiendas específicas”. Así se hizo y, por primera vez, se dio el caso de que el Rector de la UNAM fuera simultáneamente presidente de la ANM. Curiosamente, esa circunstancia se repitió en el año 2001 cuando Juan Ramón de la Fuente desempeñó las dos responsabilidades al mismo tiempo.

Eran frecuentes y para mí muy enriquecedoras mis conversaciones con Ramón sobre la problemática universitaria y sobre las perspectivas institucionales. Siempre conté con su sabiduría y su solidaridad sin regateos. Nuestra visión sobre la educación superior y sobre la institución universitaria eran muy afines por lo que, usualmente, nos dábamos cuerda mutuamente cada vez que nos adentrábamos por esos senderos. Aun cuando solíamos iniciar nuestros intercambios por variados tópicos, indefectiblemente, por una razón o por otra, terminábamos solazándonos en nuestros acostumbrados parajes.

Bien recuerdo el mal rato que pasó Ramón cuando, al inicio de mi gestión como Rector, un grupo de activistas, apoyados incluso por algunos profesores de la Facultad de Medicina, se apoderaron del flamante Centro de Salud Mental, que estaba por ser inaugurado, con la intención de establecer ahí una escuela Popular de

Medicina, que daría acomodo a rechazados en el examen de admisión y a egresados de la Preparatoria Popular. Su desconsuelo y desesperación eran mayúsculos así como grande fue su alegría una vez que el conflicto entró en un cauce de solución que permitió desalojar a los invasores y restablecer el Centro para desarrollar las funciones para las que fue creado.

Cerca de terminar el segundo periodo de mi gestión como Rector me pidió acompañarle a visitar al Secretario de Salubridad, el doctor Emilio Martínez Manautou para apoyar, a nombre de la Universidad, el otorgamiento de un terreno que ya se le había ofrecido y donde se construiría el recientemente creado Instituto Mexicano de Psiquiatría. Mi intervención se justificaba por la cuantía y la excelencia de la enseñanza de pregrado y posgrado bajo el auspicio de la UNAM. Se le concedió lo que solicitaba y de mi parte, además, obtuve la cesión de un terreno aledaño para construir la Escuela Nacional de Enfermería.

En el año de 1981, algunos meses después de haber terminado mi tiempo en la Rectoría fui propuesto para ingresar en El Colegio Nacional. Ramón, quien había ingresado en El Colegio en abril de 1972, fue uno de los más denodados apoyadores de mi candidatura; fui aceptado e ingresé en noviembre de ese año. Este ámbito fue propicio para que nuestra relación encontrara nuevas agarraderas. Fue notable su celo para que El Colegio Nacional cuidara de acoger a los más calificados.

En 1982 fui designado titular de la Secretaría de Salubridad y Asistencia que, en 1986, devino en Secretaría de Salud. Desde esta posición pude apoyar el desarrollo de su Instituto que ha llegado a ser una institución de excelencia en sus funciones primordiales: la atención psiquiátrica, coadyuvar en la formulación de políticas de salud mental, la docencia de pre y posgrado y la investigación científica en sus tres modalidades: biomédica, clínica y sociomédica.

En la Secretaría de Salud se dieron por supuesto muchas situaciones en que, de nuevo, nuestra relación hizo que se encontraran conocimientos, vocación y deseos de servir. A manera de ejemplo, en 1984 el cuerpo legislativo debatía la iniciativa de la Ley General de Salud, propuesta por el Ejecutivo, reglamentaria del párrafo 3° del artículo 4° Constitucional que trata del derecho a la protección de la salud. Los diputados decidieron incluir a la salud mental dentro de los mínimos de bienestar que denotan la Atención Primaria a la Salud. Al enterarme llamé a Ramón para preguntarle si lo consideraba viable pues temía que no hubiera capacidad de respuesta ni recursos suficientes. Opinó que no sólo era viable sino deseable y hoy, 20 años después, la Ley General de Salud incluye un capítulo completo sobre protección social que es congruente y refuerza aquella modificación.

En 1986 Ramón y yo fuimos a una reunión en Londres a pugnar porque los drogadicitos fueran tratados como enfermos y no como delincuentes, noción equívoca que se iba extendiendo por muchos países incluyendo el nuestro. La lucha fue ardua pero salimos bien librados.

Ramón hizo mucho por la salud y por la Universidad. Todo le fue reconocido como debía ser. Recibió, entre otras, la condecoración Eduardo Liceaga del Consejo de Salubridad General, que se le otorgó en 1988, la mayor distinción en el campo de la salud y en 1993 recibió del Presidente de la República la medalla de reconocimiento a sus contribuciones con motivo del L aniversario de la SSA. En el año 2000 el Gobierno Federal le concedió la Presea al Mérito Médico. En 1994 la Asociación Psiquiátrica Americana, en su 150 aniversario le otorgó la Presea Simón Bolívar. Por su parte, la UNAM le hizo Profesor Emérito, le otorgó el Doctorado *Honoris Causa* y fue Miembro de su Junta de Gobierno.

Con toda justificación su nombre ha sido perpetuado en el Instituto que fundó y en el Auditorio del Centro de Psiquiatría y Salud Mental de la Facultad de Medicina de la UNAM.

Ramón de la Fuente fue, sin duda, un hombre excepcionalmente dotado que administró bien su capital intelectual pues lo cultivó para prodigar el bien, lo acrecentó para usarlo con mayor efectividad; nunca se supo de un derroche de ese patrimonio. Fue un hombre bondadoso, generoso y sencillo, unánimemente querido y admirado por sus profesores, sus compañeros, sus alumnos, sus amigos, en fin, por todos aquellos que tuvimos la fortuna de crecer cerca de él.

Ramón de la Fuente fue un hombre de familia: buen hijo, buen hermano, buen esposo, buen padre, buen abuelo. Cómo no recordar hoy a Beatriz, la compañera de su vida, la hija de su maestro, que le acompañó durante doce lustros, Beatriz, nuestra querida y añorada Beatriz, ya lo he dicho, fue la primera mujer que ingresó en El Colegio Nacional por su extraordinaria labor en el campo de la cultura precolombina. ¡Qué significativo es, asimismo, que el Rector de nuestra Universidad presida este acto en que se honra a su padre! Este es un caso para validar la genómica: genes de excelencia y medio ambiente proclive hacen una buena combinación.